

dad de la madre y la curiosidad adolescente empujan a Verónica, que así se llama la hija mayor (tiene un hermano que aparece tangencialmente) a indagar sobre esa otra niña que, sospecha, ha robado la alegría en el hogar. Toda la fuerza que la madre carece, la tiene esta chica inteligente y fuerte, segura en su objetivo: encontrar la clave de la desdicha y restituir la verdad. Clara Sánchez dibuja en Verónica un gran personaje que nos libera del dolor de la injusticia y nos reconcilia con la vida. Es cierto que atraviesa momentos de duda: "¿Para qué irrumpir en su vida y fastidiársela? ¿Para qué cargar nosotros con una persona a la que tendríamos que querer sin quererla? Ni siquiera mi madre la quería. Quería a aquella recién nacida que murió o que le robaron, pero no podía querer a la chica rubia que no había visto durante diecinueve años, que estaba acostumbrada a un estilo de vida muy por encima de nuestras posibilidades y que no se identificaría con nosotros en nada". Pero sigue adelante tratando de comprender lo ocurrido y de desvelar la trama, con todas las complicaciones necesarias, que permitió la venta de su hermana y su posterior ocultación. Porque la madre ya sospechaba que la hija nacida fuera del matrimonio no había muerto sino que seguía viva pero formando parte del hogar de otra casa. Pero todos creían que era el dolor el que hablaba, la falta de superación de una gran pena. Los que lo sabían tenían motivos para abonar esta tesis, y se aprovechaban también. "A mi madre le había ocurrido algo muy doloroso en la vida -sentencia Verónica- y todo el mundo le sacaba dinero por ese dolor".

La historia de Laura

Paralelamente, con capítulos intercalados, conocemos la historia de Laura, la hermana buscada, una niña rica y bien educada, una buena hija, una buena nieta, que cumple siempre con las expectativas que tienen en ella. La explosión de sentimientos encontrados que cabría encontrar en su personaje una vez desvelado el engaño quedan amortiguados por el cariz que va tomando su familia a medida que se conoce la verdad. Más difícil debe ser para las víctimas reales encajar la traición y la mentira con el recuerdo de una infancia de amor.

Esta es una novela de intriga psicológica que se devora en poco tiempo pese a su más que generosa extensión. Todo es reconocible, como los paisajes madrileños y alcantinos, y verosímil, como los personajes y la misma trama. Por eso, aunque sea ficción, da miedo.

Entra en mi vida es la décima novela de Clara Sánchez y viene precedida por el éxito de *Lo que escondes tu nombre*, el libro con el que ganó el premio Nadal en el 2010 y con el que ha conquistado Italia. |

Line Amselem
Pequeñas historias
de la calle Saint-Nicolas
Traducción al castellano
de la autora

XORDICA
232 PÁGINAS
18,95 EUROS

Line Amselem
en una imagen
de archivo
EDITORIAL XORDICA

Narrativa Revelación de las letras francesas, Line Amselem cuenta las pequeñas-grandes historias de una niña sefardí en el París de Pompidou

Aquellos maravillosos años



ISABEL GÓMEZ MELENCHÓN

El pasado tiene una ventaja evidente sobre el presente y, en especial, sobre el futuro: por mucho que lo añoremos es imposible que vuelva. Eso es lo que nos permite tan amplio registro de sentimientos y tanta libertad a la hora de encararlos: complacencia, dolor, nostalgia, ira, confusión, soledad, felicidad, pena o risa. A veces, los recuerdos se entremezclan entre ellos y también con lo que el tiempo ha hecho de su memoria para amasar un plato tan espeso y sabroso como una *dafina*, la comida del Shabbat en la que se cocinan juntos carne, huevos, garbanzos, patatas y especias. Los más piadosos ponen el potaje a cocer el viernes, porque el sábado es el día del Descanso y no se pueden tocar el fuego ni los aparatos eléctricos. Otros hacen trampa y preparan la *dafina* como toca, pero hablan por teléfono o ven la tele.

Cuando Line Amselem (París, 1966) era niña, el programa que se

miraba esos sábados en casa era *Samedi est à vous*, donde la gente podía escoger las películas que quería ver. Line Amselem ha buscado en su propia infancia la materia de la que componer estas deliciosas *Pequeñas historias de la calle Saint-Nicolas*, un conjunto de relatos para saborear con una sonrisa que fue revelación de las letras france-

En la memoria de la niña conviven el presente en Francia y el pasado de su familia en Tánger

sas hace un par de años y que nos llega con un plus: la propia autora se ha encargado de la traducción, porque su familia, de origen sefardí, ha mantenido vivo el ladino, la lengua castellana que los judíos expulsados de Sefarad se llevaron al exilio, en este caso en el norte de

África. Y no sólo eso, también se llevaron costumbres y tradiciones que se han mantenido igualmente vivas en algunos lugares del sur de la península. Es una gozada leer lo que muchas de nuestras abuelas todavía recordamos que hacían, como besar el pan que hay que tirar porque se ha estropeado y no puede aprovecharse, o cuando hablan de "avio", o de "tapar el hambre", o muchas otras expresiones que esta escritora escuchó hace tantos años de boca de sus mayores, ahora tan desaparecidas como ellos.

La pequeña protagonista de aquellos maravillosos años de infancia vive en París y tiene siete años, un Papá, una Mamá y dos hermanos, Esther y Jimmy. También tenía una abuela, mamá Esther, que un día faltó, muchos familiares, como tito Pinhas, tita Luna, tita Rica, tito Mossé, tito Arón, tita Simi, tito Jimmy, tita Rachel, muchísimos primos y un número aún mayor de vecinos. Los vecinos, en una casa de miniapartamentos de un barrio popular, tienen su qué, a lo *Rue del Percebe*, como Madame Tchividjian, la armenia que sería el colmo de la vejez sino fuera porque su madre aún lo es más, o como la *Mérout*, originaria de la Auvernia, que debía en realidad su nombre no a un mero, sino a la contracción de *mère Roux*, o sea, Madame Roux. Todos se acababan encontrando en los retretes comunitarios, porque en los años setenta en Francia aún abundaban los edificios que sólo disponían de un lavabo por piso, eso con suerte, porque en muchos, como en este caso, era cada dos, y la cosa tenía su miga.

En su diminuto piso de apenas tres piezas comen, duermen, juegan, rien, hablan y sueñan, instalados en literas o en el sofá del comedor. Los padres recuerdan cuando "Tánger era internacional". Tánger, la ciudad de la que proviene la familia y que sigue presente en todos sus pensamientos. La ciudad en la que acudían al *hammán*, a los baños árabes, donde frecuentaban los cafés y acudían a los restaurantes. Desde España algunos tíos les envían los libros de Marcial Lafuente Estefanía, que lee Papá, o los de Corín Tellado, que hacen soñar a Mamá hasta que "al llegar a la mitad del libro se da cuenta de que ya lo ha leído". Las palabras en francés se entremezclan con las de su castellano ladino, con la terminología sefardí y con expresiones árabes traídas de Marruecos. La vida transcurre con la cadencia que marcan las fiestas religiosas y otras ceremonias más terrenales, como cambiar el papel pintado de las paredes.

Un día Pompidou muere, otro presidente ocupará su lugar. Los niños crecerán y Tánger será un recuerdo familiar. De una vida que no regresará, porque el pasado no vuelve, pero cuya memoria merece la pena conservar. Para otros niños en otro tiempo y otro lugar. |